

Recensiones

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

JOSÉ J. ALEMANY, *El diálogo interreligioso en el magisterio de la Iglesia*, BTC, 3, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 21 × 14 cm., 310 pp.

Desde las primeras páginas de este bien articulado estudio se apuesta por una ampliación del ecumenismo en dirección al diálogo con las religiones de la humanidad, dada su relación ineludible: la situación ecuménica condiciona el diálogo interreligioso (p. 15).

Nos presenta José Joaquín una «síntesis selecta», actualizada y muy significativa de entre los más de 400 documentos eclesiales que han «tocado» el tema entre 1963 y 1999, cuyos criterios de selección explicita: relieve del documento, alcance doctrinal, oportunidad del momento de su emisión (p. 17). El concepto de Magisterio es ampliamente entendido, pues junto a la documentación conciliar y pontificia, aparecerán significativos documentos emitidos por organismos vaticanos, conferencias episcopales especialmente afectadas por el tema e incluso el magnífico documento de la Comisión Teológica Internacional, de 1996.

Diez capítulos cuyos contenidos se articulan en dos partes bien diferenciadas. Los cinco primeros recogen el magisterio papal y los documentos de relevantes organismos de la Santa Sede, hasta la *Dominus Iesus* inclusive. El capítulo 6.º es un «pórtico» que nos introduce fenomenológicamente en el mundo pluralista en el que vivimos y da paso a una segunda parte en la que se nos presentan documentos emanados por el magisterio episcopal de los tres grandes mundos eclesiales: el asiático, el africano y el euro-americano (caps. 7.º, 8.º y 9.º). El capítulo 10 cierra el estudio haciendo balance de los logros alcanzados hasta el momento actual sin dejar de dirigir finalmente la mirada hacia un horizonte de futuro en el que se destaca el camino que aún se ha de recorrer.

El capítulo 1.º, dedicado a la descripción de un mundo plural, en el cual se va abriendo paso la conciencia de la necesidad del diálogo interreligioso, que amplía al concepto de «encuentro»: como sumisión a la propia fe y apertura al punto de vista del otro, sin impaciencia, armándose de una gran capacidad para padecer los ritmos lentos del encuentro, el cansancio y el desánimo (p. 39).

El 2.º nos ofrece una panorámica sobre el espíritu de apertura a las religiones nacido en el Concilio Vaticano II. No acotó un concepto específico de «diálogo interreligioso», pero sí que perfiló un «espíritu» de acogida hacia las tradiciones religiosas:

en la escucha, la recepción y el discernimiento crítico de lo que en ellas se encuentra. *Dignitatis Humanae* es presentado como un «hito» en la deslegitimación de toda violencia religiosa, en la proclamación de la libertad religiosa, cuyo punto de apoyo es la dignidad de todo hombre como criatura de Dios (pp. 52-53) que sale al encuentro de la humanidad en la historia de la salvación. Esa categoría de «encuentro», sostiene el autor que favorece la toma en consideración de otras formas en que los hombres se han relacionado con Dios en las diversas religiones históricas (pp. 55-56). Nos llama la atención acerca del progreso cualitativo que se da desde los documentos que enfocan las religiones como «esfuerzos humanos» (LG 16) e incluso «esfuerzo de respuesta» (NA 2 y AG 9) hasta el reconocimiento de la «libre acción del espíritu y la oferta de la gracia sin condiciones» a todos los hombres de buena voluntad, aunque solo Dios conozca el modo (GS 22). Sitúa aquí el paso desde el protagonismo humano hacia el protagonismo del Espíritu Santo y de la Gracia, señalando cómo, de este modo, el Concilio dejaba abierto un largo camino de reflexión teológica. En él se inserta, justamente, esta obra.

El capítulo 3.º reconoce como impulso procedente del Espíritu la invitación al diálogo en la *Ecclesiam Suam*, la «encíclica del diálogo» de la Iglesia con la humanidad (p. 78). Esta visión positiva de la aportación de Pablo VI no le impide detectar en la *Evangelii Nuntiandi* «un tono teológico más negativo» que el sostenido por el sínodo previo en el enfoque de las religiones, resultando «restrictivo» respecto al nacido en el Vaticano II. Diagnostica bien el problema al identificarlo en la consideración de las religiones y de sus miembros —por parte de la exhortación apostólica— como beneficiarias unidireccionales de la evangelización.

En el 4.º recoge la maduración del concepto teológico y de la praxis del diálogo bajo el pontificado de Juan Pablo II, en un ambiente teológico y cultural que ciertamente lo ha propiciado. El análisis de *Redemptor Hominis* se centra en dos párrafos (6 y 12) que subrayan la «libre acción del Espíritu», que sopla donde quiere, más allá de los confines visibles de la Iglesia y del Cristianismo, sosteniendo la «creencia firme» de los miembros de las religiones; creencia a la que el Papa contrapone —en actitud autocrítica— las dudas y laxitud moral que, a veces, aquejan a los cristianos (pp. 92-93). *Redemptoris Missio* se lleva la mayor parte del capítulo. Temas como la acción del Espíritu Santo, los *Semina Verbi*, el reconocimiento de mediaciones parciales de la salvación de cualquier orden, son contemplados por el autor resaltando el enfoque cristocéntrico de la encíclica. El diálogo como parte integrante de la misión de la Iglesia y su relación con el anuncio *ad gentes*, la naturaleza del diálogo —no táctica— y el espíritu dialogal de la misión son temas asimismo subrayados en el estudio. El análisis de *Tertio Millennio Adveniente*, *Ecclesia in Africa*, *Vita Consecrata*, *Ecclesia in Asia* y algunas otras intervenciones papales, cierra este rico y denso capítulo junto con un balance de los frutos del pontificado en el ámbito del diálogo (pp. 115-130).

En el capítulo 5.º encontraremos la exposición y análisis crítico de los más importantes documentos emanados de los organismos de la Santa Sede: *Diálogo y Misión* (1984), *Diálogo y Anuncio* (1991), *El Catecismo* (1992) y el excelente documento de la Comisión Teológica Internacional *El Cristianismo y las Religiones* (1996). De este último, que «fue elogiado por el Papa», destaca su «esquema trinitario» y su concreción en la valoración teológica de las religiones. De lo acertado de su juicio acerca de este do-

cumento vale como muestra esta expresión: «El gran mérito de haber trazado un esbozo orgánico de una materia tan actual como compleja» (p. 155). De la Declaración *Dominus Iesus* recoge el eco de su problemática recepción en diversos ámbitos. Le reconoce el mérito de ser «un elocuente despliegue... (para) reforzar en la memoria cristiana el significado de la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia» (p. 156). Pero expresa su preocupación de que algunas de sus afirmaciones «empalidezcan» las afirmaciones del más alto Magisterio de la Iglesia acerca del valor del diálogo sobre la base del respeto y valoración de otras formas religiosas.

Tras el 6.º —dedicado a una descripción del mundo religioso plural actual— recoge en el capítulo 7.º la voz de las iglesias asiáticas en el mundo del diálogo, encomiando el trabajo pastoral y teológico de la Federación de Conferencias Episcopales Asiáticas (FABC), comprometida en el diálogo desde una actitud de respeto y veneración hacia las tradiciones religiosas que han cultivado el espíritu de aquellos pueblos. Nos brinda, asimismo, las valiosas aportaciones de los episcopados asiáticos al Sínodo Especial para Asia. El capítulo siguiente nos pone a la escucha de las iglesias de África especialmente expresivas en la relación final para el Sínodo, realizada por el Card. Thiandoum. No se le escapa al autor la importancia que aquí adquieren las relaciones con el Islam y las Religiones Tradicionales. La voz de los obispos del Magreb, abogados silenciosos del «diálogo de vida» en países de mayoría islámica, es delicadamente reflejada por el autor en las líneas finales del capítulo. En el capítulo 9.º escucharemos la palabra del episcopado sudamericano preocupado por la presencia y la relación de vida con las religiones indígenas, los cultos afrobrasileños y los sincretismos que implican a la comunidad católica. La última parte de este capítulo —euroamericano— nos introduce en el pluralismo religioso europeo de la mano de algunas proposiciones del Sínodo para Europa y del excelente documento emitido por el episcopado francés en la asamblea plenaria de Lourdes (1998) acerca de las relaciones con el Islam como realidad presente en Europa.

Sólo nos queda ya acabar con la lectura reposada del capítulo 10 en el que el autor nos hace balance de este trabajo magisterial de cuatro décadas: el importante volumen de la documentación, el relieve dado a la voluntad salvífica universal de Dios, el diálogo como compromiso irreversible de la Iglesia, el Vaticano II como «hito» del cual no se ha retrocedido, aunque se acentúa más su recuerdo que el avance a partir de él (p. 294), la conjugación del nivel doctrinal con la observación de la realidad, el reforzamiento del diálogo con «gestos» de apertura y unión, la llamada a la evangelización y la inculturación, el amplio concepto de diálogo, el contexto de aprecio hacia las religiones, el afrontamiento de los fundamentos teológicos del diálogo, los acentos específicos venidos desde los episcopados de los diferentes mundos cristianos, la opción clara del Magisterio por una «cultura del diálogo».

El libro está muy bien secuenciado y ricamente documentado. Tenemos en él un precioso instrumento de trabajo para la teología fundamental, la teología de las religiones y el ecumenismo. Cada capítulo conlleva una selecta y actualizada bibliografía con textos originales del magisterio y estudios de calidad sobre cada uno de los temas. Las referencias críticas incluidas en el texto por el sistema de autor, año, página, si bien obligan a desplazarse hasta el final de cada capítulo para la consulta, aligeran mucho la lectura y no apelmazan los pies de página que, a veces, abigarran el texto. Un estudio realizado con una metodología cuidadosa, matizado en sus ex-

presiones y claro en sus contenidos. De lectura imprescindible para quienes cultivan el ámbito de la teología en este momento de pluralismo.

Deseo destacar que tras todo el trabajo de exposición, análisis y presentación sintética de los resultados, la frase de cierre del libro refleja no solamente la fundada convicción del científico, sino, simultáneamente, un optimismo profundamente creyente: «... habiendo averiguado cuál es el camino bueno, ya no queda otro remedio sino caminar por él (Jer 6,16)» (p. 310). Evidentemente, para José Joaquín, el camino bueno es el del entendimiento y el del diálogo entre la diversas tradiciones religiosas de la humanidad. «Camino bueno», camino de diálogo que impulsa a los hombres a dirigirse a Dios como absoluto. Simbólica frase de cierre de la obra de este académico, roturador de caminos difíciles en la teología, como son los del diálogo entre los hombres, las culturas y las religiones. Y camino que se cumpliría en su propia vida abocada, ya en el límite, al Único Dios que llama a todos los hombres hacia Él, aun por sendas misteriosas.—JOSÉ LUIS SANCHEZ NOGALES.

EDUARDO DE LA HERA BUEDO, *Pablo VI al encuentro de las grandes religiones*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2001, 273 pp., ISBN 84-330-1559-1.

El sacerdote de la diócesis de Palencia y profesor del Instituto Teológico del Seminario San José perteneciente a esta misma diócesis, Eduardo de la Hera, vuelve a abordar el tema del pontificado de Pablo VI tras publicar, tres años antes, un libro (*Pablo VI, Timonel de la unidad*) que yo mismo tuve la ocasión de recensionar y que constituía una muy interesante y valiosa aportación a la investigación. Ahora, aunque con un mismo tema, la proyección de este trabajo se dirige a otro lugar, en concreto un aspecto de la trayectoria pontificia de Pablo VI: el diálogo con otras religiones.

Lo afirma con toda claridad De la Hera al principio del libro: Pablo VI fue uno de los pioneros del diálogo ecuménico dentro de la Iglesia católico-romana. Diálogo que fomentó con palabras, como la encíclica programática *Ecclesiam Suam*, la exhortación *Evangelii Nuntiandi* o el mensaje *Africae Terrarum*; y con hechos, como los viajes a Palestina y al corazón de la India (1964), a Estambul (1967), a África (1969) o a Extremo Oriente (1970). Se trataba, como señala Eduardo de la Hera, de todo un talante nuevo, lejano de cualquier triunfalismo, fiel al propósito dialogante que impulsaba el Concilio Vaticano II y concebido desde la centralidad no excluyente de un Cristo universal, al que respetaban y respetan judíos y musulmanes, hindúes y budistas.

Así, el libro se compone de diez capítulos. El primero de ellos se centra en los tres mensajes que ya hemos comentado antes (*Ecclesiam Suam*, *Evangelii Nuntiandi* y *Africae Terrarum*). El autor recuerda que Pablo VI no hacía sino poner en marcha el espíritu del Concilio Vaticano II, que, en sus varios documentos, recogió la solicitud del diálogo interreligioso: para De la Hera, sobresale por encima del resto la declaración *Nostra Aetate*, al ser la que mejor refleja el pensamiento, el sentir y el quehacer pastoral del Papa Montini. Sin embargo, como se pone de manifiesto en el capí-